

# OPERACIÓN SAHARA II



Esta es la segunda parte de la aventura que hice en una vieja BMW R50/2 de 1965 para filmar una serie documental que se emitirá en La2 de RTVE como 4ª temporada de *Diario de un Nómada* con el título de *Destino Dakar*, después de que en la entrega anterior recorriéramos Sidi Ifni y Tarfaya.

**MIQUEL SILVESTRE**



### Tah, frontera invisible del olvido

La línea costera antes de llegar a Tarfaya es una maravillosa sucesión de acantilados contra los que bate un océano azul y blanco. Imposible resistir la tentación de asomarse al vacío, de atreverse a sentir esa fatal atracción que ofrece el bello riesgo. El eco del Atlántico bravío resuena a mi alrededor mientras recorro el borde mismo entre el ocre pedregoso y el sutil agujero sobre la nada marina.

A pocos kilómetros al sur de Tarfaya se encuentra Tah. En este pequeño pueblo hay una gasolinera no siempre abastecida y un monumento que a la mayoría de los viajeros les pasa inadvertidos. Consiste en dos rampas de piedra de poca altura a ambos lados de la carretera. Poca cosa. Una está dedicada a Hassan I y la otra a Hassan II. Los viejos las usan para sentarse a resguardo del sol. Pero esto es la frontera del Sahara Occidental. Hasta donde llegaba el protectorado español. Allí acampó la Marcha Verde en 1975 y por eso han levantado el monumento.

Cuando paso por aquí detengo la moto y trato de recordar algo al respecto. No lo consigo. No tengo recuerdos de 1975 más allá de la muerte de Franco. En realidad, parece que nuestra historia reciente tenga en ese óbito un ancho cortafuegos y que, igual que sucede con Cristo, se conozcan solo dos periodos: antes de Franco y después de Franco. Por eso de 1975, que yo viví con apenas siete años, no tengo memoria alguna salvo ese fallecimiento y ya luego nadie se preocupó de instruirme sobre los sucesos que rodearon aquel tiempo y que no fueran relativos a la Transición.

Treinta años después casi todo lo relacionado con el pasado español va quedando sepultado por el olvido y la arena. Pero lo que yo no tengo ni pretendo tener es una opinión sobre si eso fue bueno, malo, regular o sobre si se debió hacer de otra manera. Yo no tengo esa clase de opiniones; yo solo pretendo saber qué paso entonces, conocer los hechos, intentar ser un poco menos ignorante viendo los escenarios sobre la realidad del terreno

La ONU había reconocido el derecho a la autodeterminación del Pueblo Saharaui e instaba a España, como potencia colonial, a respetarlo. Las autoridades españolas hablaron de realizar un referéndum. La respuesta de Marruecos fue la Marcha Verde. 350.000 civiles y 25.000 militares se acantonaron en Tarfaya en noviembre de 1975 dispuestos a cruzar la frontera fuertemente custodiada por el Ejército Español. El 14 de noviembre se firmaron los Acuerdos de Madrid por los que España cedía la administración del Sahara a Marruecos y Mauritania. El 20 de ese mes moría Franco y España tenía muchas cosas en que ocuparse dentro del país como para preocuparse de lo que pasaba tan lejos.

Desde entonces Tah es una frontera invisible, la frontera del olvido.



Primera casa de Al Aaiun.

### Al Aaiun, sueño de oro

La ciudad de Al Aaiun surge en mitad de la nada como lo que siempre fue: un oasis. El centro urbano está al otro lado del puente que cruza el río. Pero para llegar hasta él hay que cruzar también una serie de controles de la gendarmería que piden todos los documentos posibles. Los controles son una constante en el Sahara Occidental. No son hostiles, solo pelmas.

Todo el Sahara es territorio militarizado. Marruecos mantiene 350.000 hombres en el desierto y al pasear por Al Aaiun la impresión que uno tiene es que al menos la mitad están acuartelados aquí. Hay miles de uniformados. Hay también una población foránea que circula en grandes 4x4 de color blanco con unas letras azules pintadas en las portezuelas. En ellas se puede leer ONU. Son los cascos azules de la Minurso, la misión de Naciones Unidas encargada de velar por el alto el fuego entre el Frente Polisario y el Ejército Marroquí.

Al Aaiun fue una capital de provincia española hasta un año tan cercano en el tiempo como 1976, cuando se abandonó a Marruecos al firmar el acuerdo tripartito de Madrid en 1975 como consecuencia de la Marcha Verde.

El Estado Español mantiene la propiedad de una serie de edificios como la iglesia de San Francisco, abierta al



Casas de Al Aaiun.

culto, el Centro Cultural español y la Casa de España, antigua residencia de oficiales y que hoy es la única oficina de representación extranjera abierta en el Sahara y a su cargo está un amable funcionario vasco: don Carlos Ismael Bengoechea.

Don Carlos tuvo la deferencia de llevarme en su propio coche a recorrer Al Aaiun mientras explicaba su breve historia. La ciudad fue fundada en 1938 en la margen izquierda del Saguia el Hamra por dos oficiales españoles que exploraban el Sahara, el comandante Galo Bullón y el teniente coronel Antonio de Oro Pulido, que había participado como capitán en la toma de Sidi Ifni. Nuestro cicerone pone particular énfasis en el retrato de estos hombres como genuinos aventureros del desierto que sabían hablar el dialecto de los saharauis, que aprendieron a montar a camello, que en definitiva se sentían auténticos nómadas.

Llegamos hasta la primera casa fuerte levantada por Antonio de Oro Pulido a la vera del oasis. El primer edificio de Al Aaiun, su origen como ciudad pues antes de eso aquí no había nada. Bajé del coche y me acerqué a aquel pedazo de historia española enclavado en el desierto. Poco más que un cobertizo de adobe, en ruinas y abandonado, lo rodeaba una inmensa cantidad de basura.

Sentí un latigazo de tristeza. El sueño africano de Antonio de Oro Pulido a orillas de un oasis estaba convertido en un estercolero por desdén, indiferencia y quizá hasta algo de vergüenza y complejos. Me vinieron a la memoria aquellos tristísimos versos de Antonio Machado.

Castilla miserable,  
ayer dominadora  
envuelta en sus andrajos  
desprecia cuanto ignora

### Villa Cisneros

El desierto y el mar son los paisajes más cambiantes que conozco. Nunca son iguales a sí mismos. Cada kilómetro es diferente al anterior. Incluso el mismo kilómetro es diferente a sí mismo cada hora que pasa. No hay dos desiertos iguales igual que no hay dos océanos idénticos. El desierto nunca aburre. Sobrecoge, estremece, inquieta, pero nunca aburre.

Según voy adentrándome en el Sahara siento cada vez más respeto por los pioneros africanistas que en el siglo XIX exploraron en estas yermas tierras de dureza extraordinaria. Es lo que estoy sintiendo por el sin par aragonés Emilio Bonelli, verdadero inspirador de la colonización española en el Sahara y con cuyo recuerdo me topo al entrar en la maravillosa península del Río de Oro en dirección a la ciudad que él fundara en 1884: Villa Cisneros.

El horizonte se torna dorado bajo el sol del atardecer, se extiende en un mar de arena del color del oro viejo, un plano océano que se agita aquí y allá de olas, olas de silicio molido, son las dunas, esas colinas móviles que forma el viento que aquí ruge feroz y sin desmayo, ese viento que alza las polícromas velas de los kitesurfistas que surcan a toda velocidad la bahía de Dakhla.

Villa Cisneros es mi destino. La ciudad fue capital de la provincia española del Río de Oro hasta que en 1976 fue tomada por los mauritanos tras la marcha de los españoles. Cuando los mauritanos se fueron, entraron los marroquíes, pero lo hicieron sin respetar ningún derecho de propiedad preexistente español. Por eso no queda casi nada del legado español salvo un par de fortines abandonados y la iglesia, que los militares trataron de derribar pero que los saharauis defendieron con uñas y dientes al considerarla parte esencial de su propio pasado.



Casa de Antonio  
del Oro.

Emilio Bonelli nació en 1855 de padre italiano y madre española. Educado en Tánger, donde un tío suyo era farmacéutico, aprendió árabe, lo que le salvaría la vida cuando quedó huérfano muy joven y encontró trabajo como traductor en el consulado español de Rabat. Llamado a filas, consiguió superar las pruebas de la Academia de Infantería de Toledo y alcanzar el grado de oficial. Pero Bonelli tenía un plan. Su idea era establecer una serie de puestos españoles en el Sahara para auxiliar a los pescadores de las islas Canarias. La propuesta fue desestimada por el ministro de la guerra, pero el intrépido oficial se presentó directamente en el despacho del Presidente del Consejo de Ministros, Canovas del Castillo, le contó su proyecto. Y así es como suceden las grandes cosas. Canovas del Castillo quedó impresionado con la audacia del oficial y financió su expedición con 7.500 pesetas de los fondos reservados.

En 1884, Bonelli desembarcó en la Península del Río de Oro; gracias a su conocimiento del árabe y a su habilidad diplomática, negociaría con las tribus para que aceptasen la autoridad de España; ese sería el inicio real del protectorado español en el Sahara occidental. Fundaría Villa Cisneros en honor al Cardenal Cisneros ya que él había sido el primero que había propugnado una expansión ibérica en África tras concluirse la Reconquista por los Reyes Católicos.

Ese ambicioso plan se frustró por un hecho impredecible llevado a cabo por un marino genovés. El descubrimiento de un nuevo mundo al oeste cambiaría completamente el rumbo de nuestra política exterior en los siguientes siglos. Pero África nunca dejaría de ser para los españoles un inquietante enigma y también un desafío irresistible. ■

